

Tierra y Libertad

Barcelona, 19 de septiembre de 1931



Año II • Núm. 31 • 15 CÉNTIMOS

SEMANARIO ANARQUISTA

Asesinatos de hombres en masa Crímenes contra los presos Clamor justiciero del pueblo



La voz de Villa Custodio

Al llegar a este sitio pude observar que unos guardias que estaban en la plaza de Berenguer el Grande se hacían atrás con otros que estaban a distancia, y acto seguido sonaron detonaciones en la misma plaza del Ángel, refugios, en unión de mi acompañante y varios transeúntes más, en el número 1 de la calle Tapinera.

En seguida acudieron fueros de Seguridad, y apuntándonos con las tercerolas, nos hicieron salir de uno en uno a los 30 ó 35 que nos habíamos refugiado en el portal. Los guardias nos iban cachando conforme íbamos saliendo. Cuando todos estuvimos fuera, el capitán de Seguridad que mandaba las fuerzas — y que, por más señas, tenía una cicatriz en la cara — nos hizo poner en columna de a dos, realizando un frente un nuevo cacho, que tampoco dio resultado, pues ninguno llevaba armas. «¡Así, escoltados en cada flanco por unos guardias tercerola en mano, nos llevaron hacia la Jefatura. Cuando llegamos a ésta, fueron metiéndonos dentro por una puerta pequeña, y de uno en uno. Habían entrado ya tres de los detenidos, y de pronto sonó un disparo, que ignora de dónde pudo partir. Inmediatamente sonaron infinitos de tiros, pudiendo ver perfectamente que disparaban los guardias que nos escoltaban y otros que estaban en la Jefatura.

También vi perfectamente — añade el declarante — que todos, absolutamente todos los disparos se hacían contra el grupo de detenidos.

Como yo era uno de los que marchaban en la última fila, pude ver cómo un muchacho que no llevaba americana, y tenía un periódico arrollado en una mano, suplicaba, puesto de rodillas, que no le asesinasen, recibiendo como respuesta un tiro en el pecho, disparado por uno de los guardias que tenía más cerros, cayendo al suelo, donde durante unos segundos se debatía pidiendo auxilio.

Pude ver también como a un anciano detenido le dió un guardia un balazo a boca-fuero, sin molestarse siquiera en ponerle la tercerola al hombro, sino haciendo fuego sin mover el arma de la posición en que la llevaba. El anciano cayó, muerto ya, de bruce. Tiene la herida en el costado, en la parte de los riñones, prueba fehaciente de lo que digo.

Lleno de pánico y terror, fui a refugiarme junto al portal de los almacenes Nestlé, tirándose al suelo para librarse de las balas, debiendo a esto su vida, aunque resultando herido.

En la puerta de la Jefatura había un taxista «David» con un individuo, vestido de paisano, dentro. De pronto aquel individuo se levantó manchado de sangre, y gritó, aterrado, a los guardias:

«¿Qué hacéis? ¡No disparar!»

Al cesar los disparos vi que el chico sin americana yacía en el suelo inmóvil. Un guardia se acercó a él, y cogiéndole por el cuello de la camisa lo metió, arrastrándole, dentro de la Jefatura, mientras otro decía, complacido:

«¡Ya hay uno!»

En el suelo había varios detenidos, muertos o heridos. Entre estos últimos me encontraba yo.

Todo lo dicho y algunos pormenores más estoy dispuesto a contarlos en el sitio que sea preciso.

El grito de Diego Ruiz

Esto no ocurre ni el Rif. Se ha asesinado fríamente a periodistas y obreros ante la propia Jefatura de Policía. Yo he visto un herido, y al pretender curarlo ha surgido una tercerola, presta a disparar. Y esto ha sucedido en una ciudad civilizada, entre cuatro y cinco de la tarde del pasado viernes.

Estábamos desarmados, y fuimos agredidos. Primero, con injurias; luego, a tiros. Se nos ha aplicado una nueva modalidad de la ley de fugas. Ni más ni menos. Erámos treinta, y caímos ocho. La proporción dice lo que para los sacrilegos tiradores y representantes. Y después de caídos, la justicia de clases se ha lanzado contra los muertos, contra los heridos, contra los supervivientes, pretendiendo ahogar sus voces, impidiéndonos hablar.

A la calle en que fuimos agredidos debiera llamarse calle del Parque de María Luisa.

Como fuimos detenidos

Varios periodistas e intelectuales nos encontramos en la Gran Vía Layetana. Estábamos trabajando, estudiando la noche. Ninguno era boguista ni partidario de la huelga. De pronto, unos tiros. Y se portaló de la calle Tapinera, donde se refugiaban también varios obreros. En total, unos treinta.

De repente — prosigue — las tercerolas apuntándonos. Al pecho, a la cabeza. «¡Manos arriba!» Cacheos. «No encuentran nada. Uno a quien ni siquiera conocíamos. Levaba un cargador. Nuevo cacho; nada, absolutamente nada. (Mientras en Mercaderes hay que combatir a tiros, en Tapinera es fácil cosechar laureles!) Marcha. En medio, esposado, el del cargador. Nosotros, de dos en dos, rodeados de tercerolas...

La agresión

Durante la marcha los guardias expresan su enojo. Están enfadados. Injurias que a cada instante se tornan más amenazadoras. Y al llegar ante la Jefatura — es el momento en que se están rindiendo los que se han hecho fuertes en el Sindicato del Ramo de la Construcción — nos reciben a gritos: «¡Son éstos!... ¡Son éstos!... ¡Mátalos!... ¡Pégale un tiro!...» De pronto, todos empezaron a tirar contra nosotros. Delante de mí cayó quien me precedía. A mi izquierda, otro. Ros, mi discípulo, arrojó su vida por mí y evitó que me asesinasen.

Subidamente, cuando la calle estaba sembrada de muertos y heridos, de la Jefatura salió un policía — uno alto — que empezó a gritar: «¡No disparéis más! ¡Basta! ¡Que no son éstos! (Que no son éstos!)»

Sin este hombre nos hubieran matado a todos. Fue una equivocación. Confundieron Tapinera y Mercaderes. Los sindicalistas de la construcción y periodistas y obreros, desarmados. Lo que no cabe duda es que en Barcelona, entre cuatro y cinco de la tarde del viernes pasado, se aplicó la ley de fugas...

Dentro de la Jefatura

Pero todo ha pasado como una trágica penidilla. Ya estamos dentro de la Jefatura. Un herido se queja débilmente; está agonizando. Descubro mi personalidad de médico y pretendo atenderlo. Un guardia me apunta con la tercerola. Tengo que desahuir. El herido muere sin asistencia. Una escopeta asegura la agonía de un herido que quizá pudo salvarse...

Detenidos en el "Antonio López"

Isidro Obregón, montador cubiertas; Juan Santiago, albañil; Manuel Ruiz, peón; Antonio Vallabrera, peón; Napoleón Torres, pintor; Francisco Peiró, colocador mosaicos; Joaquín Llana, peón; Vicente Ruiz, (Sabadell), troilador; Saturnino Nicolás, (Sabadell), minero; Libertorio Catalá, albañil; Mariano Rex, peón; Progreso Martín, (Sabadell), peón; Benito Martín, (Sabadell), peón; Jorge Casado, peón; Miguel Navarro, piedra artificial; Manuel Latorre, sastre; Ricardo Mella, estuador; Clemente Rualla, estuador; Vicente Querol, Ramo Agua; José Vernet, Ramo Agua; Juan Margolef, Ramo Agua; Agustín Pitar, piedra artificial; Alfredo Cervera, tornero; Narciso Martín, mecánico; Raquel Castro, peón; Agustín García, Calderero; José Guet, mosaista; Jaime Gine, pintor; Manuel Casino, albañil; Ramón Juncosa, albañil; Martín Camps, peón; Enrique Herrera, mosaista; Crescencio Artala, artillo viaje; Venicio Cubillo, encuadrador; Antonio Arias, peón; José Giné, panadero; Manuel Serna, albañil; Domi-

go Pujol, peón; Jesús Fandó, marítimo; Máximo Rodríguez, marítimo; Miguel Martínez, albañil; Amador Monzó zapatero; José Ibáñez, peón; Juan Tudó, albañil; Salvador Rivera, peón; Domingo Ripoll, bolonero; Esteban Martínez, hierro armado; Angel Ubeda, picapedrero; Antonio Bordes, carpintero; Antonio Urmaneta, carretero; Juan Serralla, picapedrero; Joaquín García, picapedrero; Arturo Corrales, peón; Ginés Uvea, peón; Juan José Badinas, peón; Pascual Pícar, peón; Angel Torres, peón; Mariano Rodríguez, peón; Manuel Jiménez, peón; José Fuster, albañil; Emilio Segura, fundidor; Nicolás Turinovich, peón; Bernardini Echidó, peón; Florencio Ibars, peón; Agustín Bayral, picapedrero; Manuel Guillérez, peón; José García, peón; Miguel Serra, marmolista; Salvador Latorre, albañil; Mariano Martínez, extracción arena; Jesús Fernández, marmolista; Manuel Guiteras, picapedrero; Antonio Nebot, marmolista; Samuel Mañá, peón; Luciano Bernal, albañil; Ramón Borrás, peón; José Gutiérrez Impista; Francisco Calcano, picapedrero; Juan Adelantado, fundidor hierro; Abelardo Vergara, peón; Francisco Martínez, peón; Manuel Borda, albañil; Julio López, cerámico; Salvador Torres, albañil; Serafín López, empredador; Julio Baró, albañil; Antonio Prat, albañil; Salvador Cervera, carpintero; Juan Gómez, comercio; Gregorio Pérez, carretero; José del Amor, chófer; Juan Suñé, peón; Vicente Cuartero, peón; Francisco Masó, iracón; Sebastián Santasusana, ferroviario; Evaristo Escorza; José Vera, peón; Maurilio Renjimonau (desconocido); Evaristo Peiró, ciclista Telefónica; Juan Ballester, marítimo.

En el "Dédalo"

Domingo Ladrón de Guevara, Manuel Cruz Bou, Constantino Siro, Tomás Llaire Frauca, Esteban Castell Castell, Pedro Ruiz Fornos, Lázaro Zubiria Fuica; Angel Zubiria Fuica, Pedro Zubiria Fuica, Federico Vilaiba Delgado, José Ribera Reguant, Vicente Vives Ferrer, Guillermo Cerdán Ferrer; Francisco Herráiz Muñoz, Juan Navarro Mellado, José Tur Lloret, Miguel Lamiel Carreras, José Franco Lleida, Santiago Usó Solá, Eduardo Quintana Forcada, Evarista Soler Grivillé, Gregorio García Pérez y Félix Pérez Hernández.

El número de detenidos

Según nuestros informes, el número de detenidos con motivo de los pasados sucesos se eleva a unos 500 hombres entre dichos buques y el «Poeta Aroles».

Los detenidos en Sabadell

En Sabadell fueron detenidos el viernes por la noche Saturnino Nicolás, Vicente García y Germán Martínez. Se los llevaron y a pesar de las gestiones que en los centros oficiales se realizaron para conocer su paradero, fué imposible lograrlo. Por fin, el martes se pudo saber que habían sido trasladados al «Antonio López», en donde permanecen.

Al día siguiente, sábado, fueron detenidos Bruno Lladó, Robert Pera, José Claramunt y José Pons. También lo fueron de noche.

Pero éstos fueron enviados en seguida al «Dédalo», en donde, según nuestras noticias, no fueron admitidos. En vista de esto, se les llevó a la Jefatura Superior de Policía.

A uno de ellos se le ha devuelto una carta que había enviado a su familia. A ninguno de estos detenidos se le ha explicado el motivo de la detención.

Las víctimas

Valero Martín, Miguel Martín Lozano, Antonio Almela Borranco, Miguel Martí Cortés, y Modesto Ros Casanovas, que murieron durante los sucesos. Buenaventura Guillén Berlingo, José Añó Marsal, Pablo Navarro y Justo Arteaga, muertos en el Hospital.

Los heridos

Miguel ASENSIO ASENSIO, Antenor Carbonell, Juan Giralt, Rafael Cumi, Blas Alcón y Rafael Jiménez. José Vila Galobarde, Miguel López Linares, Miguel Pérez Arranz, Miguel Martí Lozano, Juan Combreras Ruiz, Ramón Andreu Segura, Manuel Uragul, Pablo Iglesias Olliva.

En la Modelo

En la cárcel de Barcelona no se permite, bajo ningún pretexto, visitar a los presos. Ni se consiente a las familias llevarles ropa ni comida. Están sujetos a un régimen de silencio y de privaciones intolerable.

Cuando los personas que van a visitar a los presos acuden al director del establecimiento en solicitud de que se atiendan sus deseos, este personal, enviado ex profeso, les manda al gobernador. El gobernador es el amo de la Prisión.

Protestamos contra el régimen de excepción a que se somete a los reclusos. Protestamos de que no se les deje entrar comida, y más conociendo el régimen alimenticio a que se tenía sometidos a los penados en el presidio de San Miguel de los Reyes. ¡Hay el temor de que, pudiendo combatir los reclusos, se diga algo que hasta ahora no estuvo muy claro?

Maldición popular

Tres obreros han muerto en manos de la policía y ante la misma Jefatura. Cinco más estuvieron a punto de morir a través de los picos homicidas de los museros.

Aterrados cayeron no pensando, quizá, que hubiese gente con tan malos entrañas, capaz de asesinar a mansalva. Detenidos a granel por doquier, inclusive en la Región. Presos secuestrados a cenizas, Barcelona y Cataluña reaccionan. El pueblo comienza a inquietarse, a moverse. Pronto estará en pie exigiendo justicia, pidiendo el castigo de los culpables. Y quienes dispararon sobre presos indefensos, quienes mataron fríamente, sin motivo ni causa, conocerán todo el peso de su acto vandálico. En España brillará un día, como la justicia. Y ese día... ¡guay de los tiranos y verdugos del pueblo!

Quinientos detenidos entre la Modelo, el "Dédalo", el "Antonio López" y el "Poeta Aroles". Diez y seis muertos por el plomo homicida de los nuevos cosacos. Veinticinco heridos atravesados por balas asesinas. El secuestro y amenaza de muerte de las víctimas que pudieran hablar. Suspensión, mordaza y procesos de los órganos que saben llamar el crimen legal por su nombre y al asesino oficial por el suyo. Barcelona acusa al Gobernador Civil de ser el verdugo mayor de Cataluña, y a las fuerzas de sus órdenes, sus ayudantes ejecutores. Cataluña acusa al Gobierno de ser el magnicida del Pueblo.

CATALUÑA REBELDE

La semana anterior fué pródiga en acontecimientos. Barcelona demostró lo que vale. Lo mismo Cataluña. Las fuerzas revolucionarias pusieron en pie. No para hacer la Revolución. Para protestar enérgicamente contra burgueses y gobernantes insensibles en explotar y oprimir al pueblo. Fué una huelga general de protesta — no revolucionaria —. Claro que las protestas proletarias del día son insurgentes y nuncios de revolución. Lo determina el valor y la conciencia del proletariado moderno, saturado de ardiente rebeldía y de concepciones libertadoras.

La huelga general ha tenido una generación noble y espontánea. Los crímenes de Anguera de Sojo, sepultando en vida a un puñado de camaradas en la Modelo; la serena que con ellos comellieron las autoridades, hizo estallar la protesta en los corazones obreros de Barcelona. Sin más nada, la ciudad insurgente se echó a la calle, llevada de sus sentimientos generosos. Después, la organización hubo de oficializar la huelga que ya estaba declarada de hecho.

Con una maravilla que encanta, de la madrugada al amanecer del jueves, el paro hizo absoluto. No apareció el diario sindicalista, y con sólo la repartición de un manifiesto de la F. I. y los avistamientos y vociferaciones, la huelga formalizóse unánime. Si hubo agua, almorzado y otros servicios por el estilo, fué porque la F. I. quiso. Ni más ni menos. Una determinación revolucionaria y Cataluña quedó en tinieblas y sin nada; a disposición de los trabajadores.

El poderío de la organización obrera libertaria es incontestable. Ni en 1919, ni en 1923, nunca, la C. N. T. ha demostrado mayor valor y potencia. Precisamente es ese un lauro atribuido a él, y que no se le puede quitar. Por revolucionar el Sindicatisme

con espiritualidades revolucionarias y anarquistas.

Mérese destacar la ejemplar actitud de las acciones del transporte, principalmente tranvías y autobuses. Pasando por encima de sus líderes, realizaron un paro total, como nunca lo hicieron, inclusive el sábado, pese a los órdenes de volver al trabajo.

Ello nos dice la sensibilidad social de esas secciones y cómo van penetrándose del ideal anarquico que es el alma de los pueblos rebeldes y libertadores.

La fuerza con que surgen los Sindicatos, y la idealidad que demuestran, es superior a nunca. Ellos están a cien codos de sus apelados militantes. Ellos ganan en fe y abnegación, en constancia e idealismo a quienes pretenden dirigirlos.

Por voluntad expresa de los productores, prefiriéndoles mucho a los amigos de la estratagemática y del epíteto, Cataluña paralizó sus actividades comerciales, industriales, económicas. Incluso la prensa dejó de salir.

Y cuando el inepto y soberbio Gobernador quiso ser el único mandarín en Barcelona y su provincia, tropezó con la férrea voluntad obrero-libertaria que no le hizo caso y prosiguió la huelga.

De no ser por los acuerdos colectivos en contra, a más del sábado, la huelga hubiese continuado dando hostias a mil a la primera autoridad civil.

Todos las autoridades se confabularon contra los trabajadores. Hasta Maclá puso en juego sus resortes para ahogar el movimiento.

El Gobierno civil, por la brava y con todo su bárbaro aparato de fuerza; la Generalidad, diplomáticamente y aduciendo a los líderes del Sindicatisme, rivalizaron en exterminar un movimiento tan hermoso, humanitario y gallardo como fué el pasado.

La alucinación político-gubernamental vivió en él el juego o engaño ocultos de los grupos anarquistas. Contra ellos, todo el

furor, el odio y el terror parecía poco a esa gente.

La verdad es por todos conocida. Un pueblo que se lanza, humanitario, a la calle por amor a sus presos. Una Federación Local de Sindicatos que recoge la huelga y la declara solemne y oficial. Y los anarquistas militantes — ello nos honra — que los recibimos con júbilo, disponiéndonos a la lucha para que la huelga fuese digna de sí, a más del historial de gestas sublimes que es el aval del proletariado militante, del Pueblo emancipador, de la C. N. T. y del Anarquismo ibérico.

Si los escribas del periodismo, los mercaderes de la política y los curules del Poder, quieren echarnos responsabilidades, las aceptamos. Pero no ante la Ley, que negamos. Sea ante la Historia, ante la Humanidad, ante el juicio severo y eterno de las Revoluciones humanas.

Ellos nos juzgarán a todos. A los enemigos del proletariado, por sus infamias y asesinatos diarios. A nosotros, amigos del Pueblo, por nuestras bondades y sacrificios en aras del Progreso de los pueblos de Iberia.

La Cataluña rebelde, la Barcelona anarquica ha vuelto a escribir otra nueva página llena de arrogancia y humanismo. A los que han pretendido llenarla de borras, de manchas — sean enemigos o amigos — el mismo pueblo productor los sentenciará como se merecen.

Los anarquistas levantan la frente con la conciencia bien limpia y con la satisfacción del deber cumplido hasta donde las circunstancias, los elementos, los hombres y las cosas nos lo han permitido.

Contra mercaderes, fariseos, curules y publicanos, el Anarquismo militante se yergue como verbo de protestas humanas, como antorcha de vindicaciones y como ideal y como fuerza de esperanza redentoras de la grey humana.